

antropófagos. Sus ejércitos estaban consagrados á la caza de herejes y de infieles en las cuatro partes del mundo. Prefería perder provincias enteras á concederles por algun modo la libertad de cultos. Arrodiábase á los piés de Cristo para decirle que no quería ser señor sobre la tierra de aquellos que le desconocian á él por señor en los cielos. Su mano atizaba en todas partes el fuego de la Inquisicion. Importábanle poco los respetos debidos por imposición de las leyes morales á la vida humana. Importábale menos, á pesar de sus grandes conocimientos en diplomacia, que la inviolabilidad diplomática guareciese á un embajador, si tal embajador era hereje y súbdito suyo. Nada le iba con tal de servir á su propio poder y al poder de la Iglesia católica, en consumir el dolo y el asesinato. Muy escrupuloso aparentemente de conciencia, esta escrupulosidad no excluía la traicion y la doblez; como sus escrupulosidades sacerdotales no excluían el vicio y el placer y su sincera religiosidad no excluía ni la mentira ni el crimen.

Pocos actos de su vida revelan tanto la crueldad natural de su alma como el proceder inhumano con su hijo, el mísero infante D. Cárlos. Ya ningun historiador de nuestro tiempo caerá en la fábula de los amores entre Isabel de Valois y el príncipe de Asturias; y mucho menos caerá en la fábula de los imaginados y falsos celos de Felipe II; fábulas acreditadas ambas en las regiones del sentimiento estético por obras literarias inmortales, pero perdidas y disipadas para siempre jamás en las regiones de la verdad histórica. El príncipe Cárlos no aparece ya en el recuerdo de la humanidad como un caballero galan, generosísimo, apuesto, valeroso; de aureolas varias circuido y de virtudes y heroismos dotado, no; la crítica llega con su escarpelo hasta esa legendaria imágen, y desmontándola, encuentra que de ningun modo corresponde y concuerda con la triste realidad histórica. Los Austrias habian heredado indudablemente de Cárlos el Temerario, de Maximiliano I, de Juana la Loca, ciertas cualidades excesivas, genio en el Emperador, hipocondría en Felipe II, y demencia en el príncipe Cárlos. Feo éste, contrahecho, voluntarioso, indócil, no tenia las brillantes cualidades necesarias para heredar tanto imperio, pero tenia los derechos de hijo tan caros al corazon de los padres. Habia nacido del primer matrimonio de Felipe II, el cual se casó cuatro veces, del primer matrimonio, decia, con aquella princesa de Portugal, muerta

en la flor de los años por haber comido sin tasa ni escrúpulo muchos y muy agrios limones, estando de sobreparto, mientras su familia estaba de fiesta. Su primogénito, el llamado por su edad á seguirle de cerca en la vida, y acompañarle como un amigo en el trono, debía merecer, si no amor, excusa ó por lo menos piedad á su implacable padre.

Y le persiguió éste sin piedad, y le atormentó con verdaderos torcedores; no por su crueldad nativa, no por su desaplicacion irremediable, no por sus calaveradas contínuas, no porque desacatase á los superiores y desconociese la dulzura debida naturalmente á los criados, no; le persiguió, le acosó, le atormentó, le apresó y encarceló, por temor á que hubiese penetrado en su alma una sombra no mas de la herejía tan aborrecible para un corazon de inquisidor y teócrata. Lo mas grave de cuanto Felipe II hace contra su nombre propio y su propia fama, estriba en su silencio, en su reserva, en su disimulo, en el misterio de que rodea todas sus acciones y en la precaucion de que se vale contra todo el mundo, así deudos como rivales, así amigos como enemigos. Quizás, de haber públicamente manifestado todo cuanto en su interior tenia, viéndose precisado á legar un trono á quien de ningun modo podia corresponder á tal inmenso legado, fuese la historia hoy menos implacable con su recuerdo en los definitivos juicios. Mas, para enderezar el natural torcido y violento de su propio hijo; para corregirle de propensiones quizá heredadas; para impulsarle por mas rectos caminos de los buscados por su natural inclinacion, usa Felipe de procesos, inquisidores, confesiones, cárceles, castigos, sombras todas siniestras en las cuales solo se ve relampaguear la crueldad nativa de un déspota desnaturalizado. Con cuánta razon hemos dicho que Felipe hubiera sacrificado sin escrúpulos, de buena voluntad, la patria de todos en aras de la Iglesia, cuando Felipe le sacrifica un hijo, el primero de sus hijos! Lo ha engendrado con amor en las entrañas de su primera esposa; lo ha visto nacer al pié del tálamo nupcial; ha escuchado su lloro primero y ha bebido sus primeras lágrimas; le ha contemplado mil veces en la cuna como si fuera su propio corazon salido del pecho; le ha puesto con los labios en la frente los signos de una inmensa herencia en el mundo y de una perdurable vida en la historia; lo ha conducido de la mano en sus primeros vacilantes pasos por los peligrosos caminos de la sociedad; le ha

dado su aliento y su sér; le ha revestido de la carne propia y lo ha animado con la propia sangre; mas ¡ay! por implacables razones, no tanto de Estado, como de religion, ha consentido que languidciera como el último de los criminales en luctuoso encierro y que agonizara sin ver el rostro ni la bendicion de su padre. ¡Oh, crueldad indecible!

Tantos y tantos hechos, los cuales bastaban á probar la locura del príncipe Carlos, podian haber justificado una ley de incapacidad, que le privase del trono y le mostrara tal como era, en toda la desnudez de su alma incurable, á los ojos del pueblo. ¿Por qué los rigores inútiles? ¿Por qué procesos abiertos y suspendidos, informes secretos, prisiones misteriosas, guardias, carceleros, confesores para consultas increíbles, y médicos que no curan y matan? Pues todo se aclara, cuando se ve manifestamente cómo Felipe tenia por sospechosas las creencias de su hijo. Aquel Escorial, esfuerzo último de la arquitectura católica, eterno símbolo de la reaccion religiosa, donde la monarquía y el clero se juntaban bajo la diadema faraónica de la misma rotonda, no habia podido aprisionar en sus sombras el alma inquieta de príncipe tan voluntarioso, tenido, segun relaciones del embajador toscano á los Médicis, por bien poco católico. Es cosa muy sabida ya y averiguada que las inclinaciones del príncipe Carlos propendian á favor de los sublevados Países Bajos. Es mas averiguado aun que pedia y deseaba de todo corazon aquel gobierno. A nadie se oculta ya que al partirse un dia el duque de Alba camino de Flandes, encargado por el rey Felipe de sus venganzas; el príncipe Carlos movió gran ruido, interponiendo su pecho entre las cóleras del monarca y las sublevaciones del pueblo, á quien amaba con predileccion extraña é instintiva. En su ardor habia tramado la fuga ya para proteger á los que amaba; y en los preparativos de tal empresa le detuvo y le apresó la fria mano de su padre. Aunque, de niño, le llevaran, y aun de jóven, á la plaza mayor de Valladolid para que viera el horror de aquellas voraces llamas y notara cómo se anticipaba el infierno aquí en el mundo mismo á cuantos no creian de suyo en las revelaciones del cielo; Carlos debió cobrar odio instintivo á tan crueles tormentos. Felipe II lo hubiera excusado todo en su hijo, menos estas inclinaciones, por vagas que fuesen, á compadecer la suerte de los disidentes y heresiarcas. Nuevo Abraham ofrece implacable á un Dios, tal como él en su furor lo con-

cebía, bien distante, por su crueldad, de la misericordia revelada en el Calvario, la inmolacion de su propio hijo. El rey no se hubiera creído cristiano, si le negase al cristianismo el holocausto de aquella víctima. Cierta dia, encontrándose de sus cortesanos circuido, en terrible y ostentoso quemadero; como una de las víctimas, horrorizada por los dolores acerbos y por los gritos crueles de las que le habian precedido en la muerte, pidiese clemencia con palabras, las cuales hubieran partido en pedazos las piedras, menos frias que el corazon de un tirano, Felipe lo desahució indignado, asegurándole que si la propia sangre suya se contaminase de virus herético, abrasaría en aquellas mismas llamas voraces.

¡Cuán cruel ¡ay! la indiferencia con que participa el rey español á su tia la reina de Portugal todo cuanto ha hecho para extinguir la naturaleza de padre ante las aras del Pontificado católico! ¡Con qué sencilla crudeza le dice cómo para cumplir sus deberes con respecto á Dios, entrega su propio hijo á todos los horrores de la prision y del tormento! Su fria pluma, de escriba, tan despiadada como su corazon de acero, habla de la víctima presentada por su libérrima voluntad al Dios de las venganzas, cual pudiera un sumo sacerdote antiguo hablar de los bueyes preparados para cualquier horrorosa hecatombe. Envanécese de haber pisoteado todas las consideraciones humanas, y haber ofrecido á la eternidad implacable su propia régia sangre. No, no le mueve ni las demencias del hijo, ni las crueldades increíbles de que habia hecho gala; muévele tan solo el temor de poder exentar aquella víctima privilegiada y aparte á la igualdad suprema de sus aterradoras venganzas. No insistamos, despues de todo esto, mas. Ya conocen los lectores al jefe de la reaccion religiosa; estudiemos ahora esta misma reaccion por él encabezada y presidida.